

EL PESO DE LA OPINION

La opinión lo vence todo, por algo tiene nombre de mujer y en este caso ha vencido a Marcelo Redondo, el hombre ejemplar tantas veces ponderado en estas páginas por sus cualidades sobresalientes de laboriosidad y resistencia física, no exento tampoco de valor, acertado juicio y firmeza. Estoy seguro, segurísimo, de que mis alabanzas no le han atraído ninguna simpatía ni a mí tampoco al ponerle de ejemplo. A los dos nos habrán tratado infinitas veces de tontos, por lo menos y tal vez de algo más, pero la responsabilidad es mía únicamente.

Incidentalmente, como yo me entero de todas las cosas, al mucho de suceder, me dijeron hace poco, que Marcelo andaba por las esquinas como cualquier aburrido y que no salía. Me impresionó mucho la noticia, como impresiona el ver desarmado cualquier muñeco y desvanecerse una ilusión. ¡Caramba con Marcelo!

No sé si tendrá algún motivo que le obligue a esa decisión o será simplemente la mella que haya hecho en él el decir de la gente. Pero seguirá valiéndonos de ejemplo, porque de no morir de repente, que es siempre lo mejor, empezará pronto él mismo a notar como chirrían las ruedas y lo difícil que le es ir a por el sebo que tan bien le probó.

Muchas veces el hombre se pone cabezón, se obstina en las cosas como reacción contraria a las presiones que le rodean. La solución conveniente es entonces dejarle y él solo se rinde. Si se le empuja va cada vez menos donde se desea que vaya. Pero también él si la yerra, debe, como castellano, "defencella y no enmendalla", muriendo en la brecha como buen soldado.

La ejemplaridad puede ser otra razón de la perseverancia llevada hasta el final, la necesidad de mantener la regla porque nunca el hombre está satisfecho de la fidelidad con que se siguen sus normas y la lenidad o la desviación le impulsan a la increpación y a la ejecución propia, actos que cuando se igualan los centenos suelen originar desviaciones que obligan a una mayor firmeza y permanencia.

También la vanidad, —¡Oh! flaquezas humanas— puede tener su parte en el intrínquilis de la cuestión: el orgullo de ser mejor, del trabajo bien hecho, de la obra bien presentada o de la cosecha óptima que admiran y ponderan cuantos van por el camino y sirve de satisfacción al gañan que la realiza.

Es la opinión en suma la que todo lo gobierna, la presión social como se dice ahora, que es al fin y al cabo la corriente tradicional, la que lleva al hombre como de la mano a la actitud posible en cada caso y Marcelo se ha rendido a ella renunciando a la antorcha del heroísmo que tremolaba tan airoosamente. Aún en el caso de ser forzado y momentáneo es difícil el heroísmo, pero si ha de ser sostenido con tesón es casi imposible, sin que eso suponga desdoro para el actuante por ser sobrehumanos los factores que lo condicionan.

Qué le vamos a hacer, Marcelo, pero morir en el haza con las albarcas puestas hubiera sido tu supremo honor y el remate digno de una vida ejemplar. y total, ¡para lo que queda!...